

Deshumanización institucional



Tiempo de lectura: 2 min.

Sáb, 24/09/2016 - 18:49

El bienestar institucional de un país se mide por la capacidad que tengan sus dirigentes y funcionarios de promover relaciones incluyentes que busquen soluciones inspiradas en el *bien común*. Y, en nuestro caso, nos estamos acostumbrando a vivir con pesadez y sin esperanza, deshumanizándonos día a día, con instituciones públicas que no están atentas a los signos de estos tiempos en la Venezuela de hoy.

En situaciones como la nuestra se afianzan los procesos de deshumanización, que van desde el ámbito personal y psicológico, hasta el institucional que afecta a toda la vida pública. El problema es que no sólo se afectan los modos como vivimos la cotidianidad, sino también como pensamos y discernimos *la presencia del otro* en nuestras vidas, cómo lo valoramos y tratamos, cómo le hablamos y consideramos. A tal punto que vemos cómo crece la *indolencia institucional* frente al hambre del otro y a las urgentes necesidades de su salud, aun cuando está en riesgo su vida. Indolencia que ya no puede ser considerada como mera indiferencia, sino como *complicidad*, por acción u omisión, frente al deterioro sostenido de toda una nación. Y es que se trata de la pérdida de toda moralidad, cuando absolutizamos a la ideología, el poder y el dinero, y ya no vemos al otro, a la persona que está muriendo a nuestro alrededor.

La deshumanización es un proceso psicosocial por medio del cual se llega a percibir a otro ser humano como un mero objeto carente de dignidad. Esto acontece entre personas e ideologías que descartan al otro sólo por pensar de forma distinta –social, política o religiosamente– asumiendo actitudes xenofóbicas, discriminatorias y excluyentes. Se trata de una actitud que induce al *aislamiento individual* hasta el punto de no poder ya ver nada positivo ni racional en el comportamiento de las otras personas o grupos sociales a causa de la absolutización de las propias formas de entender la realidad. Esto es posible cuando se pierde todo criterio de vida compartida.

Falta recuperar el sentido del «bien común» a la hora de discernir y actuar. Para ello, urge no considerar a las propias posiciones como absolutas para entender que *las cosas tienen que cambiar* por el bien de todos. Francisco aporta dos criterios que pueden ser útiles hoy en día. *Primero*, debemos preocuparnos por lo que sucede y no vivir con indiferencia ya que «un pueblo que no mantiene viva sus preocupaciones, un pueblo que vive en la inercia de la aceptación pasiva, es un pueblo muerto». *Segundo*, es necesario valorar al otro, pero a partir de su mundo de vida, de sus necesidades y problemas, porque «para buscar efectivamente el bien del otro, lo primero es tener una verdadera preocupación por su persona, valorarlos en su bondad propia. Pero una valoración real exige estar dispuestos a aprender de ellos» y estar dispuestos a cambiar.

Pensar desde el *bien común* es lo que permitirá recuperar la moralidad perdida de muchos que lideran hoy al país. El Papa aporta tres criterios. *Primero*, *el deber de la solidaridad*, que exige poner los dones propios al servicio de los otros. *Segundo*, *el*

deber de la justicia social, que requiere corregir las relaciones de inequidad socioeconómica por el bienestar de todos. *Tercero, el deber de la caridad social*, que aspira institucionalizar el sentido de la responsabilidad para con los más pobres, los hambrientos y enfermos hoy, a nuestro alrededor. Esto significaría aceptar la ayuda humanitaria internacional ante la crisis que vivimos. Como lo recordó una vez Nelson Mandela: «no se trata de pasar la página, sino de volver a leerla, pero esta vez *juntos*».

Doctor en Teología

rlteologiahoy@gmail.com

@rafluciani

Obtenido de: <http://www.eluniversal.com/noticias/opinion/deshumanizacion-institucional...>

[ver PDF](#)

[Copied to clipboard](#)